

ditos de su juramento de fidelidad, les prohíbe obedecerle, declara que lo depondrá. ¿Cuál es la causa de tan gran cólera? Asombra, al leer la sentencia de excomunión, la pobreza de los motivos alegados por Gregorio: anatematiza á Federico porque ha impedido á un legado desempeñar su misión cerca de los Albigenses, porque no permite la reparación de la Iglesia de Sora, porque retiene en prisión á un ciudadano romano enviado por el Rey de Inglaterra á la Santa Sede, porque ha ocupado y devastado las tierras de algunos señores de su reino que las poseían bajo la soberanía del Papa, porque ha despojado iglesias y monasterios (1). Evidentemente no fueron estas pequeñeces las que decidieron á Gregorio á volver á emprender una guerra á muerte; éstos eran pretextos. En el fondo la hostilidad había sido permanente. Federico acusó á Gregorio de haberle tendido lazos el día mismo de su reconciliación (2); el Papa no cesó de echar en cara al Emperador su disimulo y su mala fe. La armonía era imposible, la lucha necesaria; para el Pontificado y para el Imperio era cuestión de ser ó no ser. Gregorio y Federico lo conocían; he aquí por qué discurren y obraron con tanta pasión. Un cronista dice que Gregorio pronunció la excomunión en un acceso de cólera furiosa; el furor que agitaba al Padre Santo dejó consternados á los que le escucharon (3). Federico por su parte, si hemos de creer á un partidario del Papa, prorumpió en terribles amenazas contra la Santa Sede cuando supo la sentencia de excomunión (4); seguro de su derecho, como el Papa lo estaba del suyo, apeló á Dios, á fin de que decidiese entre él, su caballero, y el Papa, su vicario.

Gregorio tenía en esta lucha una inmensa ventaja sobre Federico. El Papa influía sobre todos los fieles, disponía de mil instrumentos incoercibles para conmover á la cristiandad. El Emperador no tenía más que la fuerza de su brazo y su elevada razón. Trató de unir á todos los príncipes contra la Santa Sede, presen-

(1) MATTH. PARIS, *a.* 1239, p. 411 y sig.

(2) P. DE VINEIS, *Epist.* I, 21: «*Patrem semper invenimus simulantem, dum et reconciliationis die viam nostræ confusionis excogitans...*»

(3) MATTH. PARIS, *a.* 1239, p. 411.

(4) RAYNALD, *Annal. Eccl.*, *a.* 1239, núm. 23 y sig.

tándoles á Gregorio como el enemigo de los reyes: «El Papa, en su insaciable ambición, se propone nada ménos que dominar en todos los reinos (1); ataca primeramente á la cabeza; si ésta cae, fácil le será encadenar todos los miembros» (2). Federico presenta las pretensiones ambiciosas del Soberano Pontífice en oposición con las máximas del Evangelio: «El que se titula servidor de los servidores de Dios, ¿es efectivamente el vicario de Cristo, el sucesor de Pedro, el humilde pescador? Cuando Jesucristo resucitó, ¿cuáles fueron los consejos que dió á sus discípulos? ¿Les dió tomad las armas y el escudo y conquistad el universo? Les predicó la caridad y la paz, el abandono de los bienes de este mundo, la pobreza y la humildad. ¿Son estas las máximas que practica el pretendido vicario de Cristo? (3). El orgullo y la ambición de los pontífices romanos son la causa de todos los males que afligen á la cristiandad; ésta no tendrá paz ni fuerza verdadera hasta que el Papa deje de mezclarse en los asuntos temporales para ocuparse en la salvación de las almas, siguiendo el camino abierto por Jesucristo» (4).

Gregorio respondió á las acusaciones del Emperador con imputaciones más peligrosas: «Del fondo del mar ha salido una bestia: tiene piés de oso, fauces de león, miembros de leopardo. No hace más que blasfemar el nombre divino; con igual rabia ataca el tabernáculo del Señor y los santos del cielo..... En otro tiempo tendió á la Iglesia lazos secretos; hoy se declara abiertamente contra Cristo, redentor del género humano» (5). ¿Cuáles son los crímenes que han podido atraer sobre el Emperador este torrente de injurias? El Papa acusa á Federico de haber dicho que el universo ha sido engañado por tres charlatanes: Moisés, Jesucristo y Mahoma, de haber dicho que son unos imbéciles los que creen que un Dios creador del mundo y omnipotente haya nacido de una vírgen; de haber dicho que no se debe creer más que lo que pue-

(1) MATTH. PARIS, *a.* 1241, p. 498.

(2) AVENTINI, *Annal. Bojor.* VII, 5, 3-5.

(3) P. DE VINEIS, *Epist.* I, 1.

(4) *Carta de Federico á los príncipes alemanes*, en AVENTINI, *Annal. Bojor.* VII, 5, 3-5.

(5) MATTH. PARIS, *a.* 1239, p. 455 y sig.

de probarse por las leyes de las cosas y por la razón natural. Acusa á Federico de burlarse de los misterios más sagrados, de considerar al Sacramento de la Eucaristía (1) como una farsa ridícula, y de preferir la ley de Mahoma á la de Cristo (2).

El Papa y el Emperador acuden á la opinión pública; vencerá el que tenga consigo la conciencia general. A primera vista parece que en este terreno no debe ser dudosa la victoria. El jefe de la cristiandad, el vicario de Dios acusa al Emperador de negar la divinidad de Jesucristo; ¿no debía perder á Federico esta acusación en una edad de fe? El primer efecto fué terrible: «Los corazones de los fieles, dice un contemporáneo, se sobrecogieron de espanto y de horror» (3). Sin embargo, cosa extraña, la voz pública se decidió más bien por el Emperador que por el Papa. Porque el Pontificado explotaba á la cristiandad en interés de su ambición. Para luchar con los emperadores necesitaban los papas hombres y dinero; dispusieron arbitrariamente de los beneficios, impusieron á las iglesias tributos que crecían todos los días. De aquí las quejas y una violenta reacción. El mundo cristiano estaba pronto á levantarse contra Federico, el enemigo de Cristo; pero la avaricia romana apartó á los pueblos de la Santa Sede; criticaron á Gregorio que en su ciego furor lanzaba contra su enemigo imputaciones contradictorias, diciendo tan pronto que estaba unido á la ley de Mahoma como que consideraba á Mahoma con Jesucristo y Moisés como impostores: «No es la verdad, decían, sino el odio quien habla por boca del Papa» (4).

El ascendiente de los Hohenstaufen era todavía grande en Alemania; la excomunión de Federico no fué allí bien recibida ni

(1) La opinión pública atribuye dichos sacrilegios á Federico. Dícese que al ver llevar á un enfermo la hostia exclamó: ¿Cuánto tiempo durará esta farsa? Al pasar cerca de un campo de trigo, dijo: ¿Cuántos dioses se harán con este trigo! (RAUMER, *Geschichte der Hohenstaufen*, t. III, p. 652.)

(2) MATTH. PARIS, a. 1239, p. 408.

(3) MATTHIEU PARIS expresa su horror en estos términos: «*Absit, absit aliquem virum discretum, nedum hominem Christianum in tam furibundam blasphemiam os et linguam reserasse*» (ad a. 1239, p. 408). C. ID., ad a. 1239, p. 459.

(4) MATTH. PARIS, *Ib.*: «*Nisi romana avaritia devotionem populorum á Papa plus quam expeditet, avertisset; totus mundus hac epistola exasperatus, in Imperatorem, quasi in manifestum hostem Ecclesie, et Christi inimicum, graviter et unanimiter insurrexisset.*

áun por los príncipes de la Iglesia. Rogaron al Papa que no los obligara á publicar sus censuras contra el Emperador, que pensara, por el contrario, en hacer la paz con él para apaciguar el escándalo suscitado en la Iglesia y para evitar mayores males; tres arzobispos y diez obispos firmaron estas cartas (1). La Alemania veía en Gregorio el aliado de sus enemigos; la opinión pública le acusaba sin rebozo de abusar de su poder espiritual en favor de las ciudades lombardas. La insolencia de los legados romanos exasperaba á los prelados; eran príncipes de la Iglesia y se veían subordinados á los enviados pontificios: ¿no se había visto á un legado establecido en Francia citar ante sí á los obispos alemanes? (2). Ofendidos en su dignidad, amenazados en su independencia, los prelados se agruparon alrededor del Emperador con peligro de un cisma: «¿Con qué derecho, exclamaban, pretende el Obispo de Roma inmiscuirse, sin contar con nosotros, en los asuntos de Alemania? Trasquile como quiera sus ovejas de Italia; por nuestra parte, defendemos las nuestras contra los lobos que se disfrazan con traje de pastor.» Voces más apasionadas se dejaron oír: un obispo acusó al Papa de ser un fabricante de discordias, de sembrar la división y la guerra para levantar su poder despótico sobre las ruinas de todos los derechos; se atrevió á llamar á la dominación pontificia el imperio del Antecristo; pronunció el nombre de Babilonia para condenar á la Santa Sede (3).

Esta voz es una voz enemiga que anuncia las violencias de la reforma, pero es también una señal de los tiempos; los espíritus, aunque todavía cristianos, empezaban á apartarse del Pontificado. Este era el fruto del despotismo, consecuencia inevitable de la monarquía pontificia. No todos los obispos iban tan lejos como el obispo de Salzbourg; pero ninguno quería ayudar á la deposición de Federico. Gregorio intentó, en vano, hacer elegir un nuevo emperador; los grandes laicos y eclesiásticos le respondieron que

(1) PERTZ, *Leg.* II, 334-336.

(2) RAUMER, *Geschichte der Hohenstaufen*, t. IV, p. 25 y sig.

(3) Estos discursos se hallan en AVENTINUS, *Annal. Bojor.*, VII, 5. AVENTINO encontró en el siglo XVI las *Actas del legado pontificio ALBERTO DE BOHEMIA*; estas actas han desaparecido después (GIESELER, *Kirchengeschichte*, II, 2, § 55, nota 9).

no tenía él derecho de crear y destituir emperadores, sino únicamente de coronar á aquel á quien elegían los príncipes. El legado del Papa confiesa que la Alemania se presentaba poco propicia: «El entusiasmo patriótico la agita, dice, los príncipes y hasta los obispos están prontos á bajar á Italia para sostener con las armas en la mano las pretensiones del enemigo de la Santa Sede» (1).

Federico encontró tambien un defensor en el más piadoso de los reyes, San Luis; á pesar de la profunda fe que lo unía al Papa como vicario de Cristo, desaprobaba los excesos del poder de la Iglesia: en la guerra entre los Hohenstaufen y el Pontificado, abrazó casi siempre el partido del Imperio contra el sacerdocio. Pero el apoyo prestado por San Luis á Federico era puramente moral. Las cruzadas absorbían todos sus pensamientos, todas sus fuerzas; además, el interés de la monarquía francesa se oponía á que el imperio de Alemania saliese victorioso de la lucha que debía dar por resultado la monarquía universal. Sin embargo, las relaciones del Rey de Francia y de los Hohenstaufen tienen gran interés para la historia. La voz de San Luis, declarándose á favor de un emperador excomulgado y contra el Papa, es la voz de la conciencia humana condenando la ambición del Pontificado.

No hallando Gregorio ningún príncipe alemán dispuesto á arrancar á Federico II la corona imperial, se dirigió á San Luis; escribió al Rey y á sus barones que había depuesto á Federico, y escogido en su lugar al conde Roberto, hermano del Rey de Francia; instó á San Luis para que aceptase la dignidad que se le ofrecía, prometiéndole el apoyo de la Iglesia y la ayuda de sus tesoros. En el consejo que reunió el Rey, se dejaron oír respetables opiniones contra las pretensiones del Papa: «¿De dónde le viene ese orgullo y esa temeraria audacia de arrojar de un trono imperial á un príncipe que no tiene igual en la cristiandad? ¿Pueden creerse los crímenes de que se acusa á Federico, cuando el acusador es su enemigo? La Francia no tiene por qué quejarse del Emperador, ha sido siempre para ella un buen vecino. Declararnos contra él sería hacernos instrumento de la cólera del Papa y de u

(1) AVENTINI, *Excerpta ex actis Alberti Bohemi* (en OEFEL, *Rer. boicar. Ser.*) t. I, p. 799).

ambición; si triunfa de Federico, hollará despues á todos los príncipes del mundo.» Sin embargo, el santo rey no podía tomar sobre sí el rechazar la oferta del soberano pontífice con este desden; bajo su inspiración decidió el consejo enviar comisionados que averiguáran la fe del Emperador; los barones se comprometieron á hacerle la guerra, si resultaba culpable. Federico protestó que jamás se había separado de la verdadera fe; que Gregorio le difamaba por odio: «¡Dios, exclamó, juzgará entre él y yo!» (1). San Luis, sin asociarse á la cólera de sus barones, rechazó las ofertas de Gregorio, y no permitió á los legados obrar en Francia contra el Emperador (2).

Federico parece triunfar. La victoria se decide por el excomulgado; los grandes, laicos y eclesiásticos, San Luis mismo, se deciden por el Emperador. Sin embargo, Gregorio es inquebrantable; algunos días antes de su muerte escribió: «Que los fieles no se dejen abatir por las apariencias engañosas del presente; que tengan confianza en Dios. La barca de San Pedro es agitada algunas veces por la tempestad y arrojada sobre los escollos, pero bien pronto, cuando ménos se la espera, se la ve reaparecer sobre las olas y bogar tranquila en un mar en calma» (3). Admiramos el valor de un anciano centenario que ve derrumbarse todas sus esperanzas, sin perder la fe para el porvenir; pero deploramos la cólera que Gregorio empleó en la prosecución de sus designios. La guerra santa fué el motivo de la ruptura, deberíamos decir el pretexto, porque una vez empeñada la lucha, el vicario de Jesucristo olvidó el sepulcro de Cristo; sacrificó el librar á Jerusalem á su odio contra Federico. Se predicó una nueva cruzada despues de la reconciliación del Papa y del Emperador; se había ya

(1) MATTH. PARIS, *a.* 1239, p. 464.

(2) El testimonio de San Luis pone en un conflicto á los ultramontanos; no atreviéndose á rechazarlo suponen que la crónica de M. PARIS ha sido falsificada; pero nos queda una carta de San Luis que confirma el testimonio de M. PARIS (*Epist. LUDOVICI ad Frid. ric.*, ap. P. DE VINEIS, *Epist.* I, 12: «*Legatos Ecclesie, in præjudicium vestrum volentes subsidium nostrum implorare, manifesto repulimus, nec in regno nostro contra Majestatem vestram potuerunt aliquid obtinere.*» C. M. PARIS, *a.* 1240, p. 482; *a.* 1247, p. 630).

(3) SAVIOLI, *Annali di Bologna*, III, 2 (RAUMER, *Geschichte der Hohenstaufen*, t. IV, p. 49 y sig.).

fijado hasta el día de la partida, cuando llegó un hermano templario, en nombre del Soberano Pontífice, á dispensar de la peregrinacion «á los que pagasen una cantidad en dinero, destinada á un empleo más útil.» La guerra santa no fué ya más que un medio de sacar dinero; en vez de emplear las fuerzas de la cristiandad contra los Sarracenos, las utilizó el Papa contra el Emperador. Federico le acusó de no querer la paz (1); lo cierto es que Gregorio se negó á las instancias del conde Ricardo, hermano del Rey de Inglaterra, á quien el Emperador habia dado amplios poderes para negociar un tratado. El Papa exigia que Federico se sometiese incondicionalmente (2); semejantes proposiciones equivalian á una negativa de convenio. Federico se quejó de ello á San Luís: «El Santo Padre, dice, no quiere la paz, quiere la destruccion de mi raza» (3). Las invasiones de los terribles Tártaros, que amenazaban destruir el nombre cristiano, no bastaron para inspirar sentimientos de paz al anciano Pontífice; fué preciso que el Emperador, defensor nato de la cristiandad, dejase abandonada la Europa á los estragos de los Bárbaros, para defender su corona contra la Iglesia (4). Gregorio es un héroe, pero un héroe antiguo; no es discípulo del Dios de paz y caridad. Con aquel espíritu de hierro Roma debia vencer; pero la victoria no aprovechará á los Papas, aprovechará á la humanidad. Instrumentos en la mano de Dios, los Papas trabajan en una causa que no es la suya.

N.º 2. — Federico é Inocencio IV.

La guerra del Sacerdocio y del Imperio es la lucha de dos soberanías, cada una de las cuales aspira á la omnipotencia; estas

(1) P. DE VINIS, *Epist.* I, 11: «*Qui pacem et tractatum pacis recipere denegabat, ad universalem dissensionem aspirans.*»

(2) M. PARIS, *ad a.* 1241, p. 506: «*Voluit Papa omnibus modis ut Imperator se absolute subiceret ipsius Papae arbitrio et voluntati.*»

(3) *Epist. FRIDERICI ad regem Franciæ* (MARTENE, *Ampliss. Collect.*, t. II, página 1139): «*Multotiens pacis ab eo sunt vilipensa consilia, ut repente nos perdere cogitaret, et eo impetu, ut nostrum ac generis nostri nomen perpetuo crederet abolere.*»

(4) Véanse las quejas de Federico en M. PARIS, *a.* 1241, p. 497.

pretensiones inconciliables conducen á un combate á muerte. Los defensores del pontificado han tratado en vano de librar á la Santa Sede de la responsabilidad de la sangre vertida, desfigurando el objeto de la lucha; la historia contradice á cada paso su apología. La guerra del Sacerdocio y del Imperio no es, como se dice, la guerra de la libertad contra el despotismo. Verdad es que en tiempos de Federico Barbaroja la libertad italiana desempeña un gran papel; pero á medida que la lucha se prolonga, las ciudades lombardas desaparecen ante los inmensos intereses que se ponen en juego. No se trata ya de la independencia de algunas ciudades, trátase de la existencia del Pontificado y del Imperio. Gregorio IX inaugura su Pontificado con la excomunion de Federico; la paz de San German que firma no es más que una tregua. Su sucesor es un amigo de Federico, pero apenas sentado en la cátedra de San Pedro, Inocencio IV olvida tan completamente sus sentimientos, que la amistad se convierte en una implacable animosidad. Inocencio es el hombre de los combates sin gracia ni piedad; hay grandeza en su orgullo desmesurado, en su ódio que canta victoria sobre la tumba de un amigo; pero es la grandeza de los ángeles malos. Tal vez fuera preciso un hombre implacable como la espada en el campo de batalla, para acabar con la indomable raza de los Hohenstaufen.

El Papa convoca un concilio general en Lion; llama á la cristiandad á terminar las contiendas entre el Sacerdocio y el Imperio. Pero le arrastra la pasion; no espera que los obispos estén reunidos para lanzar los rayos de la Iglesia contra el Emperador (1), como si quisiese significar de antemano que el Concilio no será más que un instrumento de su voluntad. Desde la primera sesion rechaza todas las proposiciones de Federico; el Emperador hacia, sin embargo, proposiciones que hubieran debido tentar al Vicario de Cristo: «Reducirá el Imperio griego á la obediencia de la Iglesia Romana; combatirá á los Tártaros, á los Sarracenos y á todos los enemigos del nombre cristiano; irá en persona á la Tierra Santa, para librarla del inminente peligro en que se encuentra; dará satisfaccion á todas las injurias de que se queja el Papa.»

(1) RAUMER, *Geschichte der Hohenstaufen*, t. IV, p. 82.

Inocencio no vió en sus promesas más que un cebo: «El Emperador quiere desviar el golpe del hacha que amenaza ya á la raíz. Si el Concilio acepta estas engañosas ofertas, ¿dónde tendrá la garantía de su ejecución? ¿Quién podrá obligar á Federico á que las cumpla?»—«Los Reyes de Francia y de Inglaterra saldrán garantes», respondió el plenipotenciario del Emperador. Inocencio no aceptó: «Si Federico faltase á sus promesas, dice, como lo creemos, nos veríamos obligados á reclamar á estos dos príncipes, y en ese caso la Iglesia tendría por enemigos á los tres reyes más poderosos del mundo» (1).

Viendo Federico con qué vehemencia se decidió el Papa contra él, exclamó: «¡El único objeto para que se ha convocado el Concilio es mi ruina!» (2). Inocencio se apresuró á pronunciar la sentencia de excomunión y de deposición: «Dios mismo, dice, separa al Emperador, le priva de todo honor y de toda dignidad.» El Papa desliga de su juramento á todos los que han jurado fidelidad á Federico; prohíbe obedecerle; los que le presten apoyo serán por este mero hecho excomulgados. Inocencio provoca á los príncipes alemanes á elegir otro rey; se reserva el disponer del reino de Sicilia (3.) Los Padres del Concilio, despues de esta sentencia, arrojaron al suelo las antorchas que tenían en las manos, para apagarlas; ¡así debia extinguirse el excomulgado y su raza!

A la noticia de su excomunión, Federico, con voz tonante, exclamó: «¡Con que el Papa me ha rechazado en su sínodo! ¡Me ha privado de mi corona! ¿Dónde están mis joyas? Que me las traigan.» Y haciendo abrir la caja que encerraba sus coronas, tomó una y se la puso en la cabeza; despues, levantándose, con ojos amenazadores: «No, dijo, todavía no se ha perdido mi corona; ni los ataques del Papa, ni los decretos del Concilio no me la han quitado, y no la perderé sin que cueste mucha sangre y mucha carne» (4). El Papa y el Emperador se han arrojado el guante; el combate á muerte comienza.

Cualquiera que fuese su audacia, el libre pensador del siglo tre-

(1) M. PARIS, a. 1245, p. 580 y sig.

(2) M. PARIS, *Ib.*, p. 584.

(3) P. DE VINEIS, *Ep.* t. I, p. 51 y sig.—MANSI, *Concil.* XXIII, 613 y sig.

(4) M. PARIS, a. 1245, p. 595.

ce no se atrevia á sobreponerse á las ideas dominantes; reconoce el poder espiritual del Vicario de San Pedro, únicamente le niega el poder temporal: «Jesucristo ha conferido al Pontífice pleno poder de atar y desatar en las cosas espirituales; pero no se lee en ninguna parte que ninguna ley divina ni humana le haya dado el derecho de juzgar á los príncipes de la tierra y de transferir á su capricho los reinos. ¿Cómo ha de tener derecho contra el Emperador, á quien no se puede aplicar ninguna ley, porque está por encima de ella, que no puede ser juzgado, porque no tiene más juez que Dios?» (1). Federico sostiene la doctrina de la independencia de los dos poderes; los católicos pretenden hoy que esta doctrina es la de la Iglesia; oigamos la terrible respuesta de Inocencio: «El Emperador niega que todas las cosas, que todas las personas estén sometidas á la Santa Sede. Segun esto, ¡el que ha de juzgar un día á los ángeles en el cielo no puede juzgar de las cosas de este mundo! Ya en tiempos de la ley antigua, los sacerdotes han depuesto á los reyes indignos, ¡y el Vicario de Cristo no ha de tener el mismo poder! Se equivocan los que creen que Constantino ha sido el primero que ha concedido al Papa un poder temporal. *Este poder temporal le ha sido conferido directamente por Jesucristo, verdadero sacerdote y verdadero rey en el orden de Melquisedec.* JESUCRISTO HA FUNDADO UNA DOMINACION Á LA VEZ REAL Y SACERDOTAL, HA DADO Á SAN PEDRO EL IMPERIO DE LA TIERRA Y DE LOS CIELOS (2). Antes de Jesucristo, el poder temporal carecia de principio; era una tiranía sin regla ni medida. Constantino puso su poder en manos de la Iglesia, y en seguida lo recibió de ella santificado y legitimado.»

Hé aquí las pretensiones que Inocencio opone á la independencia temporal, reclamada por Federico. La cuestion está presentada con claridad. El Emperador reconoce al Papa el poder espiritual; el Papa reivindica igualmente el poder temporal, no como una consecuencia del poder de atar y desatar, no como un derecho

(1) P. DE VINEIS, *Epist.* 1, 3.

(2) «*Non solum pontificalem, sed regalem constituit principatum, beato Petro ejusque successoribus terreni simul ac celestis imperii commissis habentis, quod in pluralitate clavium competenter innuitur.*» *Codez Epistolar. Vatican.* (RAUMER, *Geschichte der Hohenstaufen*, t. IV, p. 120).

indirecto, sino como un derecho directo, transmitido por Jesucristo, rey y sacerdote, á su Vicario. Si el Pontificado triunfa, no hay ya monarquía, no hay soberanía temporal; esto es lo que Federico dice constantemente á los príncipes, para excitarlos contra la Santa Sede: «Si el soberano Pontífice puede deponer al Emperador, puede también deponer á los reyes. Felices aquellos á quienes el peligro de otros hace prudentes! Que sirva de lección á los reyes el ejemplo de la majestad imperial ultrajada. Que aprendan á conocer á su enemigo. El Papa empieza por nos; si consigue abatir nuestro poder, fácilmente acabará con los reyes; es preciso contener estas invasiones en su principio; para todos los reyes es una cuestión de existencia.» Federico les reprende; se queja de que le dejen sólo en la brecha, á pesar de que defiende la causa común; el Emperador querría levantar á todos los príncipes contra aquel que se llama rey universal como Vicario de Cristo (1).

Los príncipes conocen que el derecho está de parte de Federico, y que su independencia está comprometida en la lucha; temen el intolerable orgullo de Roma (2); ¿por qué, pues, no se unen contra el enemigo común? Su inacción es providencial. «El hacha pende sobre la raíz del Imperio, dice Inocencio; es menester que la vieja encina caiga»: la vieja encina es la monarquía universal, el despotismo romano que los Hohenstaufen querían resucitar. Los reyes mismos están interesados en que el poder de aquel que se llama heredero de los Césares y jefe temporal de la cristiandad sea abatido. Lo conocen instintivamente; hé aquí por qué no se deciden á favor de Federico; una vez destruido el Imperio, los príncipes, apoyados en los pueblos, sabrán perfectamente luchar contra los papas y conquistar su independencia.

La lucha queda circunscrita al Papa y al Emperador. Todo parece en un principio favorecer á Federico. Los príncipes alemanes permanecen fieles á su jefe, los unos porque temen el poder y el genio del más grande de los Hohenstaufen, los otros porque su patriotismo se subleva contra las usurpaciones de Roma. Sin embar-

(1) P. DE VINEIS, *Ep.* I, 2, 3, 15.

(2) M. PARIS, *id.* a. 1245, p. 596: «*Romana Ecclesia, gratia Dei abutens, in posterum in tantam elationem et intolerabilem superbiam sublevaretur, quod principes catholicos et insontes et justos, quavis levi causa deponerent...*»

go, á fuerza de promesas y de dinero, arrastra el Papa á la defección al landgrave de Turinga; pero no encuentra ningún príncipe laico que quiera tomar parte en la elección. Juguetes de los que los elevan, los *reyes de los clérigos* (1) no tienen apoyo alguno en la nación; las ciudades, únicos órganos de la opinión nacional, se pronuncian unánimemente contra ellos. En vano el soberano Pontífice los libra de su juramento. La honrada clase media no comprende cómo la palabra de un sacerdote pueda hacer de la fidelidad un crimen, y de la infidelidad un deber (2).

Sin embargo, el Papa acabó por triunfar en esta lucha desesperada. Tiene en su mano un instrumento terrible, el poder espiritual; usa y abusa de él para sublevar los espíritus. Inocencio envía un legado á Alemania, dándole por misión el *destruir y extirpar, dispersar y aniquilar* (3). Se sirve de los frailes mendicantes para sembrar el odio contra el Emperador y para arrastrar á los pueblos á la defección (4): religiosos, instituidos para practicar la caridad y la humildad, recorren la Europa enseñando «que la obediencia consiste en la sublevación, y el deber en el olvido de los juramentos» (5). El Papa mina el terreno sobre que marcha el Emperador. Sin embargo, Federico con sus valerosos hijos sostiene la campaña; para vencerle se necesitan hombres y dinero. El Papa echa mano de los tesoros de los monasterios y de los obispos; los explota, los estruja, como no lo ha hecho nunca ningún emperador. Sus legados, armados con un poder absoluto, se apoderan de las rentas de las iglesias; en caso de necesidad dejan vacantes las sedes, para apropiárselo todo, sin preocuparse por la salvación de las almas (6). Inocencio predica una cruzada contra Federico, prometiendo las mayores indulgencias á los que lleven sus armas contra su Emperador; no hay crimen, ni aún el de la

(1) *Pfaffenkönig*. Este es el apodo que se dió á los reyes elegidos por los Papas.

(2) RAUMER, *Geschichte der Hohenstaufen*, t. IV, p. 154 y sig.

(3) El Papa califica á este ministro de discordia de *ángel de paz* (RAYNALDI, *Annal. Eccl.*, a. 1247, núm. 2).

(4) RAYNALD., *Annal. Eccl.*, a. 1247, núms. 7, 17; a. 1248, núm. 7.

(5) P. DE VINEIS, *Epist.* I, 18 (*Friderici ad Regem Franciæ*).

(6) RAYNALD., *Annal. Eccl.*, a. 1254, núm. 48.

simonía, que no pueda redimirse por esta santa traición (1). Á los que se hagan culpables del crimen de fidelidad les esperan terribles penas; el Papa les amenaza á la vez con los fuegos del infierno y las penas de este mundo: «las ciudades perderán sus privilegios y sus franquicias, los nobles sus feudos, los clérigos sus dignidades; no podrán ser testigos, ni testar, ni recibir herencia» (2). Estos mandatos, estas amenazas se comunican á los fieles como leyes divinas: «Los que combatan por el Papa nada tienen que temer porque su causa es la de Dios: una orden emanada del cielo mismo, por medio del organo de la Iglesia universal, ha depuesto al Emperador; ningun poder humano podrá reformar esta sentencia» (3). La cruzada de la Tierra Santa pudiera perjudicar á la cruzada pontificia: Inocencio manda que no se predique ya la guerra contra los Sarracenos (4); emplea los fondos destinados á rescatar el sepulcro de Cristo en pagar mercenarios contra el Emperador (5); desvia á los cruzados del camino de la Palestina para armarlos contra los odiosos Hohenstaufen. El Emperador conserva todavía á su favor la fidelidad alemana; el Papa pone en juego la más vil y la más poderosa de las pasiones, la avaricia, para quitar á Federico hasta la herencia de sus padres: declara que cualquiera puede apoderarse legítimamente de sus bienes (6). Queda abierta la puerta al bandolerismo, y este bandolerismo es una obra santa. ¡Qué trastorno del orden moral! La Alemania está sin Emperador, sin leyes, sin justicia. Se predica todos los días al pueblo que Dios ha depuesto á Federico; nobles y prelados, libres de toda obediencia, se arrojan sobre los bienes de los Hohenstaufen, sobre los derechos del Imperio. El siglo décimo había visto el reinado de la fuerza, pero la fuerza bruta, condenada como tal; en el décimotercio se vieron la violencia y el perjurio santificados por aquellos

(1) RAYNALD., *Annal. Eccl.*, a. 1248, núm. 7. Véase la carta de Inocencio IV á su legado en Sicilia de 1249, insertada por CHERRIER, *Historia de la casa de Suabia*, t. III, p. 515.

(2) RAYNALD., *Annal. Eccl.*, a. 1247, núm. 3.

(3) Carta de INOCENCIO, citada por CHERRIER, t. III, p. 246 y sig.

(4) «*Ne fiant conciones pro cruciata Terræ Sanctæ, sed contra Fridericum.*» El Papa quiere que se mantenga en secreto su orden: «*Volumus autem ut ista secreta teneas, nulli penitus revelanda.*» *Regist. INNOCENT. IV.*, 19.

(5) Carta de INOCENCIO, insertada por CHERRIER, t. III, p. 520 y sig.

(6) RAUMER, *Geschichte der Hohenstaufen*, t. III, p. 191; t. IV, p. 179.

que se llamaban vicarios de Dios, y que estaban llamados, como jefes de la cristiandad, á moralizar á los pueblos. ¿Cómo ha podido resistir la sociedad á estos elementos de disolución? Porque la raza germánica estaba todavía en todo su vigor, y la religión, á pesar de los excesos del Pontificado, conservaba su influencia moral; la bondad divina sostiene al mundo á pesar de los crímenes de los hombres.

No pudiendo resistir Federico á los mil enemigos invisibles que minaban su poder, cedió ante la necesidad y volvió á buscar la paz. Pero recordó en vano á Inocencio que el Vicario de Cristo era ministro de un Dios de caridad (1); el Papa quería la guerra á muerte (2). El Emperador trató de vencer la resistencia del Soberano Pontífice por medio de la intervención del Rey de Francia. Federico y Luis IX estaban ligados por una alianza tan íntima, que era casi amistad (3). El Rey de Francia, por más que haya merecido el ser canonizado, opuso siempre una firme resistencia á las usurpaciones de la Iglesia; el interés común de la independencia del poder civil fué quien le unió á Federico; el santo y el libre pensador querían conservar intactos los derechos temporales de la monarquía, y prometieron ayudarse con todas sus fuerzas para la conservación de sus derechos (4). Federico erigió á Luis IX en árbitro de la lucha que desgarraba á la cristiandad; se comprometió

(1) P. DE VINEIS, *Epist.*, I, 1: *Certe pax et dilectio sunt principaliter illa duo, quæ teneri voluit (Christus) post discessum.*

(2) En una instrucción á sus legados del 10 de Junio 1249, dice Inocencio: «*Mientras Federico ó sus hijos sean emperadores ó reyes no harémos la paz con ellos.*» (CHERRIER, t. III, p. 262).

(3) Federico escribe á San Luis: «*Ex antiquo familiaritatis jure etiam affinitatis novæ funiculo adeo facti vobis sumus unanimes, quod nullam omnino potest scissuram recipere, velut in habitum jam conversa nostrarum concordia voluntatum.*» (MARTENE, *Amplissima Collect.*, t. II, p. 1143). — Se contrajo una alianza entre los dos reyes en 1232; en ella se lee: «*Sincera dilectionis affectus quem ad carissimum nostrum et fratrem Ludovicum habuimus et habemus, sollicitè nos admonet ut verum amicitia fœdus, quod ei servavimus hactenus illibatum, stabilitate perpetua fortius roberemus.*» (PERTZ, *Leg.*, II, 293).

(4) *Epist. FRIDERICI ad Ludovicum* (MARTENE, t. II, p. 1144): «*Nos incommutabili proposito et firma concepimus voluntate, temporalia jura et dignitates nostras inviolabiliter conservare, nobisque in conservatione temporalium jurum et dignitatum nostrarum potenter assistere, prout ex contracta vinculo confœderationis astringimur, et sincera debitum affectionis exposcit.*»

á hacer punto por punto todo cuanto creyese el Rey necesario para restablecer la paz (1). San Luis aceptó esta misión, digna de un discípulo de Cristo. Tuvo largas conferencias con Inocencio IV, pero le encontró implacable: «Señor Rey, dijo el Papa, no se trata de mi causa, sino de la de toda la cristiandad. ¿Cuántas veces ha hecho Federico estas mismas promesas, y aún mayores todavía, confirmándolas por medio de un juramento? No solamente las ha violado, sino que después de haberlas hecho ha cometido aún mayores atentados. No hay lazo para encadenar á ese Proteo de mil formas.» Entonces el piadoso Rey de Francia dijo: «Señor Papa, ¿no se lee en el Evangelio que se debe abrir hasta setenta veces el seno de la misericordia á aquel que pide perdón?» San Luis invocó un asunto por el cual sentía un grandísimo interés, el de la cruzada; suplicó á Inocencio, en nombre de la Iglesia universal y de toda la cristiandad, que admitiese la humillación tan grande de tan gran príncipe, siguiendo las huellas de Jesucristo, de quien era Vicario en la tierra; «¿no se humilló Cristo hasta sufrir la ignominia de la Cruz?» «El señor Papa, añade *Matthieu Paris*, se negó á hacer justicia á estas súplicas, levantando la cabeza con un movimiento de orgullo (2); entonces el Rey de Francia se retiró indignado é irritado de no haber hallado la humildad que esperaba encontrar en el siervo de los siervos de Dios.» Inocencio escribió á la cristiandad: «Yo he permitido que los embajadores de Federico se dirigiesen á Luis IX, pero yo he declarado al mismo tiempo al Rey de Francia que jamás revocaré la deposición del Emperador y de su hijo» (3).

Sin embargo, San Luis no dejó de trabajar por la paz del mundo cristiano. Al partir para la cruzada fué á saludar devotamente al Soberano Pontífice á Lyon y le suplicó que tuviese en consideración la humillación de Federico, que perdonase á aquel que pedía su perdón, que abriese á un pecador arrepentido el seno de la bondad paternal. El Rey, al ver al Papa inflexible, se retiró entristecido, diciendo: «Si la Tierra Santa se perdiese, recaerá la

(1) *Commissio litis cum Ecclesia, Ludovico IX*, en PERTZ, *Leg.* II, 355.

(2) «*Erecta et rejecta cervice.*» (M. PARIS, a. 1246, p. 610.)

(3) RAUMER, *Geschichte der Hohenstaufen*, t. IV, p. 149.

falta sobre vuestra inexorable dureza» (1). La cruzada se empezó bajo malos auspicios; el ejército cristiano, después de haber sufrido mucho por el hambre, halló socorro en el Emperador excomulgado. El Rey de Francia, reconocido por este gran beneficio, escribió al Santo Padre para que admitiese en su gracia á un príncipe que había salvado el ejército cristiano de un hambre inminente. La ilustre madre del Rey, la reina Blanca, escribió por su parte una carta apremiante á Inocencio para que depusiese su cólera. El Papa despreció todas estas instancias. Las desgracias de la cruzada justificaron los tristes temores de San Luis. Entonces se elevaron amargas quejas en el ejército cristiano contra el orgullo de Inocencio: «¿No son su arrogancia y su obstinación en negarse á las proposiciones de Federico la causa de toda la sangre inútilmente vertida? ¿Y se proclama Vicario de Cristo el que afflige á la Iglesia con tantas adversidades!» (2). Los Condes de Poitou y de Provenza, hermanos del Rey, hicieron oír al Papa verdades todavía más duras; le acusaron de haber detenido á los peregrinos que iban á socorrer al Rey, sacándoles el dinero para librarlos de sus votos; le echaron en cara el haber desviado á los fieles de la Tierra Santa para ponerlos al servicio de los reyes que creaba en Alemania; le requirieron para que hiciese la paz con el Emperador, si quería la salvación de la Iglesia. Inocencio permaneció inexorable; se despidieron con palabras amargas é injuriosas (3).

Los patriarcas de los Nestorianos y de los Jacobitas dirigieron humildes solicitudes al Papa para inspirarle pensamientos de indulgencia y de paz; le escribieron con el corazón angustiado: «La Ciudad Santa está destruida; el sepulcro del Señor profanado; los cristianos ó han huido, ó están en cadenas; la cristiandad está en peligro» (4). El Soberano Pontífice no se dignó ni aún contestar á este grito de angustia salido del Oriente; olvidaba la Tierra San-

(1) MATT. PARIS, a. 1248, p. 650.

(2) M. PARIS, a. 1249, p. 663; a. 1250, p. 690.

(3) M. PARIS, a. 1250, p. 694: «*Difficilem se Papa exhibuit et inexorabilem, unde duris verbis et litigiosis dominus Papa et dicti comites ab invicem recesserunt.*»

(4) RAYNALD, *Ann. Eccl.*, a. 1245, núm. 34.